

Los juegos inquietantes del doble¹

María Elena Sammartino Roviroso

Resumen

Se analizan aspectos medulares de las organizaciones psicopatológicas narcisistas, en las que predominan las vicisitudes de la supervivencia y la identidad, la pérdida de los límites yoicos y las vivencias de aniquilación y vacío. En ese contexto, se estudia --a través de un caso-- la posición de sombra como uno de los dobles narcisistas y el sentimiento de lo siniestro en pacientes que nacen sobre las huellas de una muerte desmentida por la generación precedente.

“Al nacer puse los pies en las huellas de un muerto a quien adoraban, y al que a través de mí seguían amando, más aún, tal vez. Este exceso de amor fue una herida narcisista que me infligió mi padre desde el día de mi nacimiento y que yo presentía desde el vientre de mi madre. Gracias a la paranoia, es decir, la exaltación orgullosa de mí mismo, he conseguido salvarme de la anulación que produce la duda sistemática acerca de mi persona. Aprendí a vivir llenando con mi amor a mí mismo, el vacío de un afecto que no me daban. Así vencí por primera vez a la muerte mediante el orgullo y el narcisismo”

Salvador Dalí

(nacido tras la muerte de su hermano Salvador)

Apasiona la escucha y la investigación analítica de ciertos cuadros que, sin quedar perdidos en los laberintos de la sinrazón, escenifican el narcisismo perturbado.

Me refiero a pacientes cuyo drama vital no presenta en primer plano la conflictiva edípica, sino las vicisitudes de la supervivencia y la identidad. El anhelo es ser único, todopoderoso, autosuficiente, inmortal y atemporal, pero en verdad son pacientes que padecen un grave agotamiento de sus reservas narcisistas. Todos ellos transitan caminos de frontera entre fantasía y realidad, proceso primario y secundario, principio de placer y principio de realidad. Desde sus posibilidades de discurrir en términos de

proceso secundario, abren una ventana al animismo, la magia y la locura, en la privilegiada intimidad de la transferencia.

Aparentemente adaptados y eficaces, pocas veces sospechosos a los ojos del mundo en el que actúan, descubren poco a poco a la escucha del analista, un mundo secreto, un sistema secreto de pensamiento y una lógica secreta, que da forma a lo que **Green** (1990) ha llamado su “locura privada”. En el corazón de ese mundo, una madre proteiforme eternamente reencontrada en otros que son él mismo. Los límites yoicos se desvanecen. La identificación --primaria o narcisista-- no deja espacio a la relación, incorpora al objeto en el seno mismo del yo, creando una ilusión de identidad compartida. Se evita así el dolor de la subjetivación y la pérdida, la cual no remite a un duelo sino a devastadoras vivencias de aniquilación, de vacío o de inexistencia.

La posición de sombra como uno de los dobles narcisistas

En el contexto de la configuración psicopatológica que hemos descrito, escogemos a una joven mujer, Asunción, trabajadora, altruista y solidaria a los ojos ajenos, siempre rodeada de personajes particularmente infelices o carentes que la admiran y esperan todo de ella. Nadie podría sospechar el tormentoso mundo secreto que la acecha a cada instante, que la atrapa en el silencio de su casa, que la mantiene al borde del abismo.

Cada día es el último. Un tumor imaginado acosa su cerebro. El cáncer, su matriz. El destino, su vida entera. La locura espera agazapada, ya ha sentido su presencia: visiones del propio cuerpo fragmentado, convicciones delirantes, violencia incontenible, desbordamiento por angustia hasta llegar a la inermidad más absoluta, creencias mágicas confirmadas, transfusión de pensamientos y sentimientos.

“Soy una víctima gustosa”, dice Asunción cuando reflexiona en una sesión acerca de cuatro horas de charla con su nuevo amigo. “Yo estaba fascinada, él era todo. Es un hombre maravilloso, no se deja pisar por nadie. Él me decía mis defectos, todo lo

que hago mal, se da cuenta tan bien de quién soy y lo que siento. Me reprochaba muchas cosas, decía que todo lo estropeo, que no soy con él todo lo sincera que debiera, que no lo quiero limpiamente, totalmente. Tiene razón, estoy confusa, ya no sabía si me quedaba algún pensamiento, me sentía agotada, y sin embargo, estaba feliz, era maravilloso sentirse así, tan unida, tan completamente fundida con él. En una conversación así, me siento acompañada, segura, inmortal”.

Esta escena reproduce uno de los muchos actos del mismo drama representado desde siempre por Asunción y su madre. No sólo se vuelve transparente para ella, sino que atisba permanentemente el rostro materno, la mirada materna, en busca de aquella señal que siempre se produce, aquel indicador de su estado anímico, de su pedido, de su urgencia, que inmediatamente produce una respuesta: Asunción actúa, se culpabiliza, se angustia o descubre en su cuerpo una enfermedad de su madre.

“Muchas veces, después de estar con mi madre, me quedo mareada, vacía, puedo pasar horas en un rincón. Siempre he preferido que me acuse, me grite que soy una inútil o me traspase con sus miedos antes de que me deje. Al menos con ella soy alguien”.

Colocada como sombra de su madre se siente alguien, encuentra una ilusión de consistencia e identidad en la fusión.

Asunción proyecta en otro la posición de sujeto y se coloca ella como sombra de ese sujeto proyectado ante el cual se somete.

“Esta imagen estructurante, proyectada y reencontrada por identificación en otro, ocupa el lugar psíquico correspondiente al de sujeto identificado con el ideal del yo, que contiene todas las perfecciones posibles y que por lo tanto da coherencia, garantiza y sostiene el yo del narcisismo”, escribió **C.**

Roitman (1993). Ese sujeto es el garante del ser, es el que reconoce y otorga un sentimiento de ser a quien se coloca en lugar de su sombra.

Dice **David Maldavsky** (1990): “La sombra no tiene autonomía del cuerpo del cual es proyección. La desaparición de un cuerpo hace que la sombra no pueda subsistir. Si un paciente se ubica como sombra de otro, que desaparece, su posición será la de sombra de un objeto ausente: alma en pena que gime lastimeramente, añorante del reencuentro con su cuerpo, constituido por el objeto perdido”.

Asunción es la sombra de su madre.

La sombra se ofrece para que otro, un sujeto, dé vida en él a sus estados emocionales. La sombra es uno de los dobles del narcisismo.

Freud (1919) abordó el tema de los dobles en *Lo*

ominoso. Nombra allí a la sombra, la imagen especular y el espíritu, dobles nacidos “sobre el terreno del irrestricto amor a sí mismo, el narcisismo primario”. “El doble fue en su origen una seguridad contra el sepultamiento del yo y --añade **Freud**, citando a **O. Rank--**, una enérgica desmentida del poder de la muerte”.

Así, el doble --que sostiene un vínculo de identificación primaria con otro-- preserva la propia ilusión de omnipotencia y mantiene precariamente unificado a un yo amenazado de aniquilación.

Si el terreno en el que surge es el narcisismo primario y las fallas en su configuración, su objetivo es desmentir una realidad insoportable para el yo.

Cuando la desmentida fracasa o debe ser abandonada “el doble cambia de signo; de un seguro de supervivencia pasa a ser el ominoso anunciador de la muerte” **Freud** (1919), pasa a representar aquello que antes encubría.

Nos hemos aproximado así al entramado de la perturbación narcisista de Asunción: ella apela a dobles en posición de sombra para desmentir y se ofrenda como doble para que otros desmientan.

La desmentida y el sentimiento de lo siniestro

Al hablar de desmentida, renegación, *verleugnung*, nombro aquel mecanismo que rechaza una afirmación de realidad, una percepción o un juicio. Su consecuencia típica es la escisión del yo, **Freud** (1938 a, 1938 b). El yo se divide, una parte funciona de acuerdo a la lógica de los procesos del yo real definitivo, puede interiorizar una contradicción, generando un conflicto psíquico mediante la represión. La otra, en cambio, funciona de acuerdo con los mecanismos del yo placer purificado, anula la contradicción quitándole existencia psíquica mediante la expulsión fuera de él. En la desmentida, no retorna lo reprimido bajo la forma de síntoma, formaciones de compromiso, sino que, en un terreno de escisión, suele retornar como sentimiento de lo siniestro.

Volvamos a Asunción: “Anoche me pasó algo... No sé... Al llegar a casa me encontré con la noticia de la muerte de María, la prima de Javier. Javier se fue enseguida para el pueblo, yo no quise, no podía ir, no quería saber nada de la muerta. Lo pasé fatal, me acosté pronto, no quería pensar. De pronto se abrió el cajón del armario y apareció algo. De dentro del cajón emergió un demonio, ¡un demonio maléfico! Se reía y se reía de mí. Y las aristas del armario comenzaron a moverse, estirarse, tomar forma, ¡eran

demonios! Por todas partes había demonios maléfi-
cos que se reían de mí . Y luego fantasmas, por todas
partes, como los que aparecían cuando era pequeña,
venían a llevarme. Estaba paralizada, me sentía enlo-
quecer. ¡Pero es que yo no creo en los demonios!”.

El desequilibrio que implica el reenfrantamiento
con lo desmentido es lo que da emergencia al senti-
miento de lo siniestro (*unheimlich*: lo no familiar
pero conocido).

Asunción no quería saber nada de la muerta ni
tampoco de los fantasmas, es decir, de las almas de
los muertos. ¿De qué muertos? Sus propios herma-
nos, muertos todos ellos en la niñez, por diversas
enfermedades, antes de nacer Asunción.

A través de confusos relatos murmurados y nunca
claramente explicitados por otros miembros de la
familia, ella llegó a conocer algunas informaciones
acerca de los cuatro niños muertos que le reclamaban
su derecho a vivir. También supo de un suceso total-
mente silenciado: un ingreso psiquiátrico de la madre
poco después de la última muerte.

Asunción puso, al nacer, los pies en las huellas de
varios muertos que habían quebrado la fortaleza
materna. Tuvo que transcurrir mucho tiempo para
que la madre pusiera alguna ilusión en la superviven-
cia de la niña, aun siempre esperando lo peor, el
desencadenamiento de una nueva tragedia. Unas
décimas de fiebre, un dolor, un decaimiento, podían
ser signos de la muerte; la calle, el parque, el vecin-
dario, encerraban peligros insondables.

“Cuando miro se me ve y por lo tanto existo”, dice
D. W. Winnicott desde el vértice de un bebé en
*Papel de espejo de la madre y la familia en el desa-
rrollo del niño* [1967], **D.W. Winnicott** (1986). “En
el desarrollo emocional del niño, el precursor del
espejo es el rostro de la madre”. Hay un momento
fundante en el proceso de separación yo/no-yo quan-
do la madre comienza a ser percibida como rasgo
ambiental diferenciado. “En cierto momento mira a
su alrededor: ¿qué ve el bebé cuando mira el rostro
de su madre? Se ve a sí mismo. La madre lo mira y
lo que ella parece se relaciona con lo que ve en él”.
El bebé lee en las expresiones y los gestos del rostro
materno sus propias emociones, su propia vitalidad
pulsional. Sentirse vivo, sentirse otro, presupone sen-
tirse sentido empáticamente por aquel que cumple la
función materna.

¿Qué habrá podido reflejar el rostro de aquella
madre rota por la pérdida de cuatro hijos? Su propio
estado de nimo, la rigidez de sus defensas por el
temor a nuevas pérdidas, el pánico desencadenado
frente a cualquier disfunción del cuerpo del bebé,
observado, manipulado, permanentemente controlado
y sometido a estudios.

Asunción aprendió a estudiar en cada momento el
variable rostro materno en un intento de descifrar su
estado de nimo y sus pesares ocultos, actuando com-
plementaria o subsidiariamente con ella y descono-
ciendo sus propias necesidades y deseos.

Pero no sólo es doble de su madre en posición de
sombra.

Cuando nació Asunción sus padres no pudieron
poner en ella ninguna ilusión de supervivencia. El
embarazo pasó desapercibido y ningún nombre espe-
raba al bebé. Días después del nacimiento, camino
del Registro Civil, el padre eligió el nombre, que es
el mismo de la madre y el de una de las hermanas
muertas.

Asunción madre nunca habla con Asunción hija de
la Asunción muerta ni de los otros niños. “Es como
si nada hubiera ocurrido antes de que yo naciera”,
reflexiona ella. Enfrentados a un duelo imposible de
procesar, estos padres relegaron la muerte de sus
cuatro hijos al lugar de lo impensable, de lo que
jamás sucedió. Y así fue como el nombre de la muer-
ta, adjudicado a la viva, desmintió la muerte. Muerte
que retorna en el terreno de la escisión como senti-
miento de lo siniestro, como repetición, como dupli-
cidad en la hija. Es decir, Asunción no puede ser ella
misma porque es los muertos de sus padres. El retor-
no siniestro de la muerte en ella es el producto de la
desmentida complementaria de ambos padres; des-
mentida transgeneracional que deberá pasar por la
identificación y el doble, antes de su elucidación en
la hija. Así, considero que una escucha dispuesta a
los fenómenos de pérdida de los límites del yo, los
juegos inquietantes del doble y el uso de la desmenti-
da en pacientes que conservan el principio de reali-
dad, podrá frecuentemente encontrar en la clínica el
retorno siniestro en otro, de lo que en la generación
precedente ha permanecido escindido y condenado al
silencio mental.

María Elena Sammartino Rovirosa

Putxet, 81, 4º-2ª

08023 Barcelona

Teléfono: 93.211.15.77

E-mail: deltasam@copc.es

Nota

1. Publicado en *Actualidad Psicológica*, año XX- n°22, julio de 1995, Buenos Aires.

Bibliografía

Freud, S. ([1919] 1979) *Lo ominoso*, Bs. As., ed. Amorrortu.

-([1938 a] 1979) *La escisión del yo en el proceso defensivo*, Bs. As., ed. Amorrortu.

-([1938 b] 1979) *Esquema de Psicoanálisis*, Bs. As., ed. Amorrortu.

Green, A. (1990) *De locuras privadas*, Bs.As., ed. Amorrortu.

Maldavsky, D. (1990) *Los dobles en la teoría y la clínica del narcisismo*, Barcelona, seminario dictado en GRADIVA, Associació d'Estudis Psicoanalítics.

Roitman, C. (1993) *Los caminos detenidos*, Bs. As., ed. Nueva Visión.

Winnicott, D.W. (1986) *Realidad y juego*. Barcelona, ed. Gedisa.